

---

# LA BANDERA RADICAL

---

REVISTA DE INTERESES GENERALES

---

**CARLOS MARIA RAMIREZ**  
DIRECTOR

---

## SUMARIO DEL N.º 25

---

EL EJÉRCITO PERMANENTE COMO BASE DE REGENERACION POLÍTICA Y SOCIAL: — *Estudio sobre la escuela absolutista* — EL NÚMERO TRECE: Novela original del Dr. D. Guillermo Blest Gana — LOS PALMARES, Novela original de Carlos Maria Ramirez (continuacion) — LA SEMANA POLÍTICA — *Reciproca importancia de los bandos* — *El antagonismo de los generales colorados* — *La mision del Obispo in partibus infidelium* — *Manejos anti-ministeriales* — *El nubarron de la intervencion brasilera* — GOTAS DE TINTA.

---

## El Ejército permanente como base de regeneracion política y social.

ESTUDIO SOBRE LA ESCUELA ABSOLUTISTA

### I.

Hay dias de infinita tristeza para el alma. Todos los seres queridos nos rodean; todas las afecciones puras nos tienden su mano cariñosa; todos los obstáculos materiales desaparecen ante las inspiraciones de la buena fortuna que nos arrastra á velas desplegadas por el turbulento mar de la existencia; y sin embargo, la felicidad no existe, no se borra de nuestro corazon el duelo, ni germina en nuestros pensamientos la esperanza.

En esos dias de tristeza infinita, parece que el alma humana hubiese perdido su equilibrio, su salud, y que postrada en el lecho del dolor, dirijiese á los atrayentes resplandores del ideal la postrer mirada del enfermo á los brillantes resplandores del dia. Cuando no se vive solo de pan, segun la sublime frase de los evangélicos; cuando el alimento moral necesita buscarse en círculo mas estenso que la familia

y las amistades privadas; cuando las ideas y los sentimientos del hombre, encuentran con el fuego del patriotismo como el principio de una segunda vida, no estamos ni á la mitad de la jornada si abrigándose el bien en nuestra casa, ni la posibilidad del bien llegamos á divisar en nuestra pátria.

Cuarenta años hace, que venimos sufriendo grandes males y presenciando grandes prevaricaciones; pero nunca fueron esos males tan profundos ni estas prevaricaciones tan generales como ahora. El extravío de los espíritus y la desmoralización de las conciencias, llegan á su colmo, cuando la perversión que se traducía en los hechos consigue reflejarse en las doctrinas y no se teoriza solo para justificar el mal presente por las fatales necesidades políticas, sino también para establecer los medios que pueden robustecer y perpetuar el mal en el futuro, así cerrando á las sociedades humanas, en la opresora cárcel de sus sufrimientos, hasta el vago horizonte de las aspiraciones ideales. Pobre Italia, cuando Maquiavelo condensa en el sistema ideal de la política, todo lo que sus facciones tienen de más violento y más perverso, todo lo que sus gobernantes tienen de más pérfido y sanguinario, adornando con todas esas diformidades morales, la típica y soñada perfección del *Príncipe*; Ay! de Francia, cuando la filosofía ecléctica absuelve todas las injusticias y todas las infamias del mundo, haciendo de la felicidad de los pueblos el resultado fatal de providenciales designios que lo mismo se revelan por la dignidad y la virtud, que por la degradación y el crimen! Se necesita que la desmoralización haya ganado mucho terreno en el seno de las sociedades, cuando hasta los impulsos del espíritu, — el mismo vuelo de la utopía, lejos de tender hácia las regiones superiores, se dirige á profundizar el cieno de la desmoralización social!

Hay en la ciencia de Estado, un gran axioma que la experiencia confirma á cada paso con intensos dolores y espantosos trastornos de los pueblos: la anarquía es la cuna del despotismo; los disturbios civiles prolongados se terminan siempre bajo la férrea mano de un autócrata. Abatida, corrompida y desquiciada por la continuidad de las agitaciones estériles, la sociedad se entrega como una masa inerte, para que dispongan de ella, á precio de la tranquilidad y del sosiego. César, Cromwell, Napoleon, ponen su espada sobre las libertades públicas; Pueblos menos civilizados ó felices, ven esa misma espada en manos de los Rosas y de los Melgarejo!

Este peligro, se presentaba á los espíritus medianamente previsores, como entrañado en la lógica inexorable de las cosas, si perseverase el país en el propósito de las interminables convulsiones; pero hasta ahora, nadie había osado anticiparse á los sucesos, preconizando el remedio heroico de la obediencia, y señalando al pueblo la receta en que ha de apurarse el tósigo de la servidumbre. Esa entidad infalible del tirano, que se levanta siempre á cerrar el lamentable cuadro de las anarquias, viene abriéndose camino á través de los espíritus cansados; y es una mano de la generación que podía servir de refugio á las fuerzas vitales de la pátria, la que trata de allanarle el paso esperando con arcos triunfales su llegada, y es una voz de la juventud predestinada á grandes hechos, la que se alza para anunciarla como el Mesias de la regeneración política y social!

Hemos visto y estudiado esas doctrinas que predica un nuevo diario con el jactancioso intento de restituir la fé á los corazones honrados, de retemplar los caracteres y galvanizar el presunto cadáver de la patria; hemos analizado esas doctrinas y no hemos visto en ellas sino la reproducción testual, muchas veces exagerada, y atenuada pocas veces, de lo que han dicho en el mundo todos los teóricos del absolutismo; todos los apóstoles de la esclavitud providencial del hombre.... Hobbes, Spinosa, de Maistre, Bonald, Donoso Cortés, y turba multa de inferiores secuaces. Es el absolutismo, es la esclavitud providencial lo que se ofrece á un pueblo para vivificar su fé, para dignificar su alma, para exaltar sus sentimientos patrióticos!

## II.

Oigamos la exposición de esos principios sublimes que vienen á derramar sobre el profundo caos de nuestras convulsiones políticas el soplo divino de la organización y del progreso:

— El hombre vive naturalmente en sociedad y la sociedad necesita de un poder que mantenga el equilibrio y la unidad entre sus miembros. La autoridad es indispensable al hombre como el oxígeno á la vida. Cuando la autoridad desaparece, el hombre muere; cuando la autoridad flaquea, el hombre sufre.

— Desde que la sociedad debe tener por fin hacer feliz al hombre.

primera de las necesidades sociales, es que la autoridad sea fuerte, poderosa, incommovible, para que nunca llegue á encontrarse en peligro el oxígeno de la vida social. Los individuos son inquietos; los partidos turbulentos; es necesario que la autoridad tenga irresistible poder para dominar á los individuos y para subyugar á los partidos. Es imposible que la sociedad viva tranquila y se desarrolle sino cuenta con la seguridad de que no hay fuerzas parciales ni asociadas que sean capaces de producir una convulsion de cualquier género. Así los partidos abandonan su perpétua tendencia á conspirar, y los individuos se despojan de sus ambiciones políticas, para entregarse á la vida del trabajo y del hogar donde se mantienen sanos, robustos y felices.

— Por otra parte la autoridad, teniendo confianza en su dominio, libre de inquietudes azarosas y de cuidados molestos, puede consagrarse en cuerpo y alma al cultivo de los intereses comunes; adoquinará las calles y mejorará el alumbrado; fomentará las grandes empresas de trabajos públicos; traerá inmigrantes elejidos en las poblaciones mas laboriosas y mas gobernables de la tierra; organizará de cuando en cuando exposiciones agrícolas y no se olvidará de preparar algunos espectáculos agraientes para la curiosa multitud de las ciudades. Bajo estas condiciones, la autoridad tiene que identificarse en todo con el pueblo; desde que no le teme, desde que se vé obedecida, imperturbablemente obedecida, debe sentirle simpatía; debe profesar le gran cariño; el bien del pueblo refluye entonces sobre la autoridad; luego la autoridad está verdaderamente interesada en conservar y desarrollar ese bien. Hasta la libertad subsistirá siempre que no comprometa la existencia misma del Gobierno, de manera que hasta en beneficio de la libertad es necesario que la autoridad sea fuerte, y la libertad será tanto mas amplia cuanto mayor poder tenga la autoridad en sus manos.

— En resumen, todos los problemas políticos y sociales, quedan resueltos con la firme consolidacion del principio de autoridad; y la mision de los patriotas, de los hombres de corazon, es encontrar el medio de llegar á ese resultado sin igual; pero ese medio está indicado por la naturaleza misma de las cosas y por la esperiencia de los pueblos que han querido tener gobiernos fuertes. Pretender que la fuerza de los gobiernos se funde en la opinion, es un absurdo, una utopia, un sueño de cabezas desorganizadas. La opinion es una farsa; diez que hablan y noventa que

se callan; cuatro gritones que alzan bulla y una multitud que se asusta. Bestias feroces de una parte, y miserables carneros de la otra. Eso no puede servir de base á nada sério, á nada sólido, á nada bueno. La autoridad no puede ser fuerte sino por la fuerza — fuerza bien tratada, para que tenga vinculos de firme adhesion con el poder — fuerza rigurosamente disciplinada, para alejarla de todo contacto y atinjencia con las ideas y los sentimientos populares — fuerza sobradamente numerosa, para sofocar con irresistible empuje los conatos de desobediencia y de trastorno que puedan mover á una fraccion del pueblo ó á todo el pueblo coaligado en el camino fatal de la anarquia. El *Ejercito Permanente* es pues la base de nuestra rejeneracion política y social!

Creemos haber interpretado fielmente el credo salvador de la flamante secta, y para ello lo mismo hemos recurrido á la prédica de los nuevos apóstoles que á los empolvados libros de los maestros en la ciencia del absolutismo. La tirania es tambien un sistema filosófico: busca sus raices en la perversidad y la miseria de la naturaleza humana. Es tambien una teoria seductora: halaga á los pueblos con la satisfaccion de sus aspiraciones sibaritas, empezando por ofrecerles *el reposo material que ansian para saciar un dia en la tranquilidad del hogar ese deseo de la paz del alma que les permita por un momento elevar el espiritu á las regiones de la esperanza!* Cuando en una sociedad profundamente desquiciada, se levanta con gallardia esa bandera, tiemblen los amigos de la libertad, los defensores del derecho de los pueblos, porque alrededor de esa bandera pueden agruparse en breve todos los elementos egoistas, desencantados y abyectos que pululan en esas épocas de desmoralizacion y de vergüenza. Qué decimos! Hasta los mas pobres, hasta los mas puros, en un instante de patriótico estravio, pueden abrazar con entusiasmo esas ideas, viendo en la organizacion del despotismo el refugio de la independencia nacional, para decir al amo, como el libro de Maquiavelo, despues de haber puesto á sus piés la libertad, la dignidad, la honra, y en sus manos la desenfundada prepotencia del poder: todo lo tienes, todo, pero como precio de nuestra infamia, te imponemos el deber de resistir y de combatir al extranjero!

Tendencias providenciales del hombre, sosiego y goces indispensables á los pueblos, salvacion suprema de la patria, todo lo pone á su servicio la teoria liberticida para infiltrarse en el seno de la sociedad, ganando

al mismo tiempo que el cielo de las abstracciones metafísicas, el fango de los apetitos groseros, y al mismo tiempo que el fango de los apetitos groseros, el fuego de los mas hermosos sentimientos patrióticos. Apresurémonos á repudiar ese sistema liberticida y humillante ; declaremos que el mas fanático de los partidarios, el que ama y respeta la libertad del hombre aunque grave esa inscripcion en una bandera estrecha y exclusiva : el que se adhiere á tradiciones brutales y sangrientas, pero al menos lleva las aspiraciones de la libertad en su corazon, ó por un resto de pudor tiene esa palabra en los labios — cualquiera de ellos, cualquiera, es mas nuestro correligionario político que los que en brillante copa de oro, ofrecen á los dolores del pueblo el venenoso narcótico del absolutismo.

### III.

Un dia Montesquieu, génio profundo que amaba á los pueblos sin haber alcanzado á comprender la esencia de sus intereses y derechos, dijo que la libertad pública era la situacion en que un ciudadano nada tiene que temer de otro ciudadano. Los amigos de la libertad vieron el peligro de esa definicion, y se apresuraron á corregirla completándola, agregándole uno de los miembros indispensables para que abrace toda la naturaleza del objeto definido : La libertad pública en la situacion en que un ciudadano nada tiene que temer de otro ciudadano, NI DE LA AUTORIDAD. Hé ahí el ideal que no es posible perder de vista, sin dejarse enredar en el despotismo por sacar el cuerpo á la anarquía. El hombre tiene que defenderse del hombre que está á su lado, y para conseguirlo, se coloca la autoridad arriba de ellos ; pero como la autoridad se compone tambien de hombres, es necesario defenderse de la autoridad, y así como el hombre busca garantías contra el hombre que está á su lado, tambien las busca contra el hombre que está arriba, y por lo mismo que está arriba, son muy especiales garantías las que contra él se buscan. Lo que puedo exigir en sociedad en la integridad de mi ser, el uso completo de mis facultades, el goce tranquilo de todos mis derechos individuales y políticos ; no quiero ser el juguete de mis semejantes, pero no quiero serlo tampoco de mis títulos superiores. Si se ataca la integridad de mi ser, si se menoscaba el uso completo de mis facultades, si se destruye el goce tranquilo de mis

derechos, poco me importa ser víctima de los desmanes aislados ó de una prepotencia concentrada ; poco me importa sufrir alternativamente el yugo de las facciones, ó sufrir de una manera estable el yugo de una fuerza superior á todas ellas. En las sociedades bien organizadas, el hombre no debe ser bastante fuerte para avasallar impunemente á otro hombre ; pero los hombres no deben ser tan débiles que la autoridad puede avasallarlos á su antojo. Equilibrio entre la entidad individual y la entidad social. — hé ahí el gran problema de la ciencia constitucional y política.

Nos encontramos, pues, con el gran principio que desconocen los partidarios fanáticos del *gobierno fuerte*. Esos apóstoles del absolutismo, quieren aniquilar la personalidad humana ; quieren reducirla á polvo mientras hacen de la personalidad social una montaña. Quieren convertir al hombre en cuerpo muerto, mientras convierten á la autoridad en invencible monstruo de poder y de grandeza. Para refrenar los ímpetus de la naturaleza perversa de los hombres, colocan en la autoridad, que siempre ha de ser ejercida por los hombres, una fuerza imperecedera, incontrastable, incommovible, como roca erguida que se burla de la rabiosa espuma de las olas. Aberracion funesta ! Pensar que puede fundarse algo ajustado á las eternas leyes de la razon y de derecho, concediendo la omnipotencia á uno de los elementos con que la sociedad se constituye ! La razon y el derecho no reconocen esa omnipotencia ni al sujeto primitivo de la soberanía, ni á todo el pueblo congregado, ni á la *voluntad general* de Juan Jacobo Rousseau. En otra ocasion lo hemos dicho ; omnipotencia y falibilidad se excluyen ; ese consorcio no puede realizarse en la personalidad humana, sin trastornar su naturaleza por completo. En la omnipotencia espiritual del sacerdote, Michelet ha caracterizado esa situacion extraña, comparándola con la situacion de un hombre colocado de pié sobre la flecha de la catedral de Estrasburgo ; figuraos su vértigo espantoso al mirarse en aquellas supremas eminencias, sin base, sin apoyo, sin asidero alguno. . . . Con razon se ha dicho que el poder absoluto enjendra la demencia de los hombres — aquella súbita demencia que hace oír á Macbeth los vaticinios de las brujas escondidas en el enmarañado bosque de sus ambiciones malditas. . . . No hay valla moral ni freno, cuando un hombre, ó un puñado de hombres, ó una gran reunion de hombres, tiene en sus manos el poder absoluto ; y por eso el des-

potismo ha sido igualmente desastroso y funesto, cuando lo han ejercido autócratas, ó las aristocracias ó las muchedumbres.

Dad á los que ejercen las funciones públicas el convencimiento de que dominarán todas las resistencias aisladas y colectivas de la sociedad, sean cuales sean sus propósitos, y habreis organizado el despotismo en la lógica inexorable de las cosas. Tiranizarán el pensamiento, ahogarán la voz de la conciencia, dejarán el hogar en desamparo, colocarán el cuerpo humano bajo la férula de los esbirros y la vida humana bajo el hacha de los verdugos; harán de la propiedad privada una posesion precaria, y de la Hacienda Pública un gran banquete de rapiña; oprimirán, insultarán, degradarán al pueblo, y en medio de los mas odiosos atentados que puede la inteligencia concebir, guardarán la mas completa seguridad de su dominio, gozándose en la impotencia de los *alborotadores irreconciliables* con la esclavitud y la degradacion de los pueblos!

No se atenuan las sombras de este cuadro por suponer que el despotismo se revista de formas suaves y tutelares para ciertos intereses de la comunidad social. Corromper es peor que degollar, ha dicho un célebre historiador moderno: el amo que mas corrompe á los esclavos, es el que les remacha con mas delicadeza las cadenas; el que les hace sobrellevar con mas resignacion el peso de las vergonzosas cadenas. Cuando el esclavo, estimulado y satisfecho en sus aspiraciones vulgares, empieza á sentirse cómodo y feliz bajo el yugo, los esfuerzos de la tiranía ya han consumado su obra. Entonces la libertad no ha muerto solo en las manifestaciones exteriores de los hombres sino en las profundas entrañas de su espíritu. Mil veces preferible es el estado en que una opresion violenta fortifica el resorte de la libertad interior con la energia de la protesta indignada! No estampamos en las palabras anteriores una mera utopia demagógica; repetimos el pensamiento escrito por uno de los publicistas mas acreditados y juiciosos de la Europa. « Mal por mal, dice Stewart Mill, el buen despotismo, para un pueblo algo adelantado en civilizacion, es mas perjudicial que el malo, porque destempla y enerva mas los sentimientos, los pensamientos, las facultades del pueblo. El despotismo de Augusto, preparó á los romanos para el de Tiberio. Si el tono general de su carácter, no se hubiese rebajado en una esclavitud templada que duró casi dos generaciones, probablemente les habria quedado bastante energia para sublevarse contra una esclavitud mas odiosa. »

## IV.

Acabamos de analizar el sistema, y debemos analizar el medio que se propone para llevarlo á práctica. ¿Cómo dotar al Gobierno de una fuerza que no participe nunca ni de las influencias y pasiones populares, que se conserve apartada de la atmósfera en donde se condensan las revoluciones políticas? Si eliminamos la dominacion estrangera, no queda otro refugio sino el EJÉRCITO PERMANENTE. El Ejército permanente, es una institucion singularisima; está en el pais sin formar parte del pais; fuerza nacional que no se mezcla nunca en la vida de la nacion. El soldado abandona su hogar, su familia, sus amigos, sus ideas y sus sentimientos; no vive sino en su cuartel; no pertenece sino á su cuerpo; no se trata sino con sus camaradas; no tiene mas religion que la obediencia ciega; no tiene mas amor que la fidelidad á su bandera. El soldado de línea es el soldado máquina; es menos aun, — es el resorte de una máquina; menos todavia — es como el proyectil de esa máquina llamada la disciplina militar. Cuanto mas se acerca el Ejército permanente á la genuina expresion de su carácter, en instrumento mas ciego se convierte, mas y mas se ahonda el abismo entre sus aspiraciones y las aspiraciones del pueblo. Ejércitos indisciplinados han producido muchas veces la anarquía y alguna vez han tendido á la libertad su fuerte mano; pero los verdaderos egércitos no responden jamas sino á las superiores impulsiones de sus gefes. Esto es cierto para todas las naciones del mundo, y lo es en grado heroico, por no decir en grado horrible, para la República Oriental del Uruguay, donde el Ejército no puede reclutarse sobre la masa de la poblacion indígena; donde el Egército llenará sus cuadros con viles mercenarios estrangeros. Los *condottieri* de la Edad Media van á ser nuestros regeneradores políticos. Ellos formarán un Ejército en cuyo apoyo la autoridad descansará tranquila; no conocen ni pueden conocer sino al que les paga el sueldo; serán los incorruptibles defensores del orden. Brillante perspectiva! No se moverá una paja en el seno de la turbulenta sociedad. Todo está seguro. Con él; se puede ametrallar al pueblo, porque los hijos de ese pueblo no son sino estrangeros para los soldados de ese Egército; se puede bombardear ciudades, porque en el hogar de esas ciudades no vieron la luz del dia los soldados de ese Ejército; se puede oprimir y vilipendiar á la nacion,

porque la libertad y el honor de esa nacion nada tienen que ver con los espúreos soldados de ese Ejército !

Analizado el sistema, analizado el medio, examinemos el momento en que se pretende darles inmediata y eficaz aplicacion. Los partidos se encuentran profundamente desquiciados. En la borrasca de nuestras convulsiones, se ha colocado á flote la resaca, y el agua cristalina corre oprimida bajo una capa invulnerable de fango. No dominan en la sociedad; ni la virtud, ni el patriotismo, ni el talento; sino la intriga, las ambiciones y la audacia. Siniestras figuras se presentan por doquiera ejerciendo la supremacia política y militar de nuestros bandos. Todas las influencias lejitimas y saludables están vencidos y anonadadas por la formidable coalicion de los intereses bastardos. En las vias naturales de la democracia, ningun movimiento popular puede operarse, que dé á la organizacion social justas y fecundas bases. Dispondrá del poder la faccion mas atrevida, y la faccion mas atrevida lo cederá al caudillo mas temible. A esas facciones en lucha, á esos caudillos en perspectiva, se les viene á brindar la autoridad absoluta, la autoridad omnipotente, el ejército que con una maniobra de parada avasalle todas las resistencias populares !

Ah! la teoría liberticida ni siquiera es como aquellos tiempos antiguos, consagrados á las divinidades desconocidas del Olimpo; sabemos cuales son los idolos que van á servir de objeto al sacrificio. Ea! mandones, poned con mano firme el yugo que vuestros antecesores no supieron mantener sobre la frente inquieta del pueblo !

## V

Bajo cualquier aspecto que se considere la prédica de los neo-absolutistas, es imposible dejar de convencerse que no están sino fundamentalmente contrariadas todas las aspiraciones que se agitan en el alma de la nueva generacion, como elementos vitales, aunque todavía informes, de la religion que debe operar en el futuro la santa regeneracion de la patria. Si! la juventud mira bajo otro prisma los grandes infortunios nacionales, y busca en otro ideal las esperanzas de mejores y mas felices tiempos.

Quiere la organizacion; quiere el orden; quiere la paz; pero la orga-

nizacion no puede subsistir sin el acuerdo estrecho de los elementos con que la sociedad se constituye; el orden no se concibe, sino en el ejercicio armónico de todos los derechos, y la paz no se realiza sino en aquel estado donde mayor satisfaccion alcanzan todos los intereses legítimos. ¿Cuál es el espectáculo que se le presenta en el escenario político de la República? Bandos irreconciliables que usurpan el poder alternativamente, ejerciendo una dictadura franca ó una dictadura disfrazada, oprimiendo, persiguiendo y humillando á sus contrarios; centralizando en unas pocas manos todos los resortes de la vida pública; viciando con influencias inmorales el acto mas augusto de las democracias representativas; corrompiendo y empobreciendo al pueblo. En estas condiciones la lucha ha de ser constante, sin trégua, eterna. Un dia se dijo para cerrar el cuadro de sus escenas luctuosas: *Ni vencedores ni vencidos*. La juventud va hoy mas adelante, y quiere que se diga: *No mas opresores ni oprimidos*. Asi su primer paso, es la defensa audaz y perseverante de los derechos del hombre. La conciencia libre; el pensamiento libre; libres el trabajo, el comercio, el crédito; libres las reuniones y las asociaciones del pueblo; inviolable la correspondencia, inviolable el hogar; sagrada la persona; ninguna clase de penalidad sin forma legal de enjuiciamiento, y ningun juicio sin las mas amplias garantías para la defensa del reo. Como salvaguardia de todos estos principios que los gobiernos á cada paso han conculcado, la juventud quiere que se establezca el *habeas corpus* y la responsabilidad civil de los funcionarios públicos.

Asi consagrada la individualidad humana en su aislamiento, quiere la juventud consagrarla en sus agregaciones naturales, y aspira á fundar el régimen municipal en todas sus rigurosas y fecundas consecuencias, conjurando por la descentralizacion el peligro de las usurpaciones políticas. Realizado este programa, el poder vendria á ser inofensivo, inofensivo para la libertad, para el derecho, para el bien; pero no basta aun; es necesario que el poder sea accesible, accesible á todos los partidos, á todos los círculos, á todas las opiniones honradas y para conseguirlo, quiere la juventud una absoluta prescindencia de las autoridades en la lucha de los comicios públicos, tomando en la ley electoral medidas que no solo aseguren á la mayoría su representacion preponderante, sino tambien á las minorias su representacion proporcional, como debe hacerlo siempre toda democracia que quiera

tener en las asambleas populares la imagen fiel de todos los elementos del pueblo. Así organizada la República, todos viven bajo el imperio de las instituciones, tranquilos, seguros y felices — en la integridad de sus facultades naturales, con el camino abierto para todas sus aspiraciones legítimas. El poder está desarmado para el mal; nadie le teme; no hay razón determinante de ningún movimiento subversivo; instrumento del bien, todos pueden llegar á tenerlo entre sus manos; aunque lo codicien, irán á buscarlo por la vía espedita y hermosa que se llama el ejercicio de los derechos políticos. Está radicada la paz en el convencimiento de los hombres; y radicado en la organización social, un bien más precioso que la paz, según lo afirma Charing — *la justicia*.

En la paz y en la justicia, dignos del Creador que les marcó un destino, los pueblos se lanzan con paso agigantado por esa eterna carrera del progreso que los acerca siempre á la exelsa fuente de su origen.

Esa es la libertad; pero la anarquía no es esa. Limitar la acción de los gobiernos, no es anular su acción. Hacer imposible el despotismo no es hacer imposible el orden. La autoridad permanecerá en su esfera; ejercerá sus atribuciones libremente; responderá á sus fines sin tropiezo, porque cuando las piezas de la máquina están todas en su lugar y en sus funciones, la máquina trabaja con regularidad y perfección. No se pretende reducir la autoridad á la impotencia; puede tener sus policías, para aprehender á los criminales y hacer cumplir las leyes; puede tener su fuerza, de guardia nacional ó de línea, pero la necesaria solamente para sofocar algún motin, para impedir el triunfo de un golpe de mano inesperado, para resistir á las conjuraciones tenebrosas. Eso se alcanza con muy escasa fuerza; la reforma no puede versar sino sobre la mejor organización de lo que la República ha tenido hasta nuestros días. Librado el primer momento, los gobiernos deben confiar en la opinión; la opinión los salvará. Esa fuerza moral de las sociedades suele anarquizarse en la obra precipitada de las revoluciones, pero se muestra siempre unida y compacta en los esfuerzos por la conservación de lo existente, cuando lo existente responde á las necesidades y á las conveniencias sociales. Esa opinión, es la que dá batallones de voluntarios y hace de cada ciudadano un soldado, inflamando su alma con el fuego del heroísmo;

mo; es la que hace aceptar con resignación y hasta con orgullo los sacrificios morales y materiales que siempre trae toda defensa; es la que hace acudir á los empréstitos, el capital disponible del país ó el capital de las naciones extrañas; es la que atrae sobre la buena causa de un pueblo, las simpatías universales de los pueblos; es en fin, la que concede á los gobiernos justos y honrados, todo lo que niega á los gobiernos ilegítimos, sin moralidad y sin pudor.

Ese es el credo que se viene elaborando con la dolorosa experiencia de las revoluciones, y al cual llevan constantemente su concurso todo lo que en los viejos partidos ha salido sin mancha de las azarosas luchas, y todo lo que se presenta en estas con la pureza de la virginidad política. Así se llevan piedras á la obra de la autonomía nacional, que no puede encontrarse divorciada de la autonomía del hombre, de la autonomía del ciudadano, de la autonomía del municipio. Libertad civil, libertad política y libertad municipal, son los más sólidos cimientos de la libertad de una nación respecto de las demás naciones. Está definitivamente condenada por la razón y por la historia, esa teoría que busca el poder de los pueblos en la abdicación de los hombres, el engrandecimiento del Estado en el rebajamiento de los individuos, la gloria de la nacionalidad en la degradación de las conciencias. No hay poder para los pueblos, ni grandeza para los Estados, ni gloria para las naciones, sino cuando los ciudadanos se reconocen ciudadanos, cuando llevan la frente alta, cuando llevan la frente pura. Un gran rebaño de hombres, pastoreado por un Ejército de mercenarios, aunque sea bueno el engorde y satisfactorio el procreo, no es el cuadro que necesitamos ofrecer al mundo, para realzar la dignidad y la fortaleza de la patria!

Y ahora, después de haber hablado como el eco de una escuela filosófico-política, á que pertenecemos en calidad de humilde adepto, séanos permitido presentar una fórmula práctica y decisiva que en la anhelante idealidad de nuestros sueños, pudiera estar predestinada á realizar la armónica unidad de todos los esfuerzos generosos: Si ha llegado la hora en que el extranjero amaga la independencia de la patria, apresurémonos á reivindicar la libertad, y á darle la consagración más amplia en la soberanía radical de la Nación.

*Cárlos María Ramírez.*

## El número trece

NOVELA ORIGINAL DEL DR. D. GUILLERMO BLEST GANA

(Continuacion.)

Cambiadas entre ambas esas amables frases, que solo las mujeres saben decir, entablaron una de esas conversaciones indefinibles y sin objeto, en las que no se sabe si admirar mas la vaciedad ó la paciencia de los interlocutores, cuando éstos son inteligentes.

Elvira, sin embargo, que no perdía de vista el objeto de su maniobra, trataba de llevar la conversacion hácia un terreno que la permitiera descubrir, mas ó menos, el estado del corazón de Paulina.

Sabía de antemano, y en esto no se equivocan nunca las hijas de Eva, que Paulina no abrigaba por su marido eso que ellas han dado en llamar *amor de veras*, como si lo hubiese de otra clase; pero tampoco ignoraba que ni de soltera ni de casada, fuese por temperamento ó por capricho, jamás se le había conocido *tiemplé* alguno.

Léjos de ello, como lo hemos dicho al principio, Paulina no había dado en su vida lugar á ninguna sospecha de este jénero; por lo cual, nuestra bondadosa y caritativa sociedad, no pudiendo hacer otra cosa, había concluido por colocarla en la categoria del mármol ó del hielo.

¿Pero este mármol, no podía calcinarse, este hielo derretirse al calor de ese incendio voraz, de ese rayo del alma que llamamos amor?

Para todas las mugeres, como para todos los hombres, sin escepcion alguna, ¿no llega siempre una hora, en que la voz del corazón, que es tambien la voz de la naturaleza, haciendo resonar en el alma las melodías inefables de una música nunca escrita, despierta á la indiferencia, que es el sueño del espíritu, y apaga, como por encanto, los murmullos de la ambición, los discursos de la prudencia, los ruidos del orgullo, el martilleo del cálculo, y, en una palabra, el estrépito del mundo?

Y esa hora, ese momento, que decide tantas veces del destino de una existencia entera, no podía llegar, ó haber llegado ya para Paulina.

Esto era lo que á Elvira le interesaba averiguar.

Pero ¿cómo hacerlo? Hé aqui la dificultad.

Muchas veces se ha dicho, acaso no sin fundamento, que el objeto con que una mujer escribe una carta se encontrará siempre en la posdata.

Otro tanto podria decirse de las visitas, y en jeneral de las conversaciones del bello sexo: el objeto se descubrirá en la despedida. Por eso es que estas se prolongan comunmente mas que aquellas.

Elvira era *demasiado mujer* para desmentir, en la práctica, esta regla.

Por eso, despues de un rato de conversacion, dijo á Paulina dándole la mano, como si fuera á separarse de ella:

— Yo te aseguro que los bailes ya no me gustan... Antes, era otra cosa.... Pero ahora... Cuanto mejor no es pasarlo en su casa, con dos ó tres buenas amigas!

— Es cierto, repuso Paulina; lo que es yo nunca he sido aficionada á las grandes reuniones.

— Yo lo mismo... pero ¿qué quieres? una se deja llevar por la corriente, y va siempre á donde todos van. No es así?

— Sin duda; y eso les pasa sobre todo á las buenas mozas, como tú.

— Vea Vd. quien lo dice! Ya se vé, como estás tan linda como siempre.

Elvira....

— Qué, niña, si quisiera ser hombre cada vez que te veo para....

— Desde el colejo fuiste ponderativa.

— Si llamas ponderacion á la franqueza, tienes y te sobra razon..... A questo á que esta misma noche te lo han dicho mas de cuatro.

— A mí! dijo Paulina con sincera sorpresa.

— Y qué tiene de extraño? replicó Elvira. Aunque no sea cierto, los hombres nos lo repiten siempre que se les presenta la ocasion..... Ahora cuando es verdad como no han de decirlo.

— Pues te prometo que á mi....

— Tú que llamas exajeracion á mi franqueza, ¿qué nombre quieres que dé á tu reserva?

— A mi reserva? Si la tuviese no seria difícil encontrárselo.

— Con que no eres reservada, y pretendes hacerme creer en un milagro.

— Si lo llamas milagro....

— Por supuesto.... y que otra cosa seria que no te hicieran la corte... como á todas.

— Pero eso es mas grave todavia.

— Y ¿porqué? como nosotras no tenemos la culpa.... y los hombres lo creen indispensable.

— Mas no dando ocasion....

— Buena es esa!

— Me parece que ningun hombre bien educado se tomaria esas libertades.

— Al contrario ; si están persuadidos de que esa es la primera condicion de la buena crianza.

— Talvez tienes razon.

— Ya lo ves, tú misma.....

— Sin duda ; pero una puede siempre hacerles ver desde luego que sus palabras nos desagradan.

— No digo lo contrario.

— Entónces, convendrás en que no trataba de hacerte creer en un milagro, cuando te decia pura y simplemente una verdad.

— Hasta cierto punto.

— ¿ Cómo así ?

— Quieres negarme, por ejemplo, que esta misma noche no te ha dicho nadie que estás lindísima ?

— Si me lo has dicho tú misma !

— Vamos ! vamos ! volvemos à las reservas.

— Te aseguro.....

En aquel momento, Elvira vió à Andres que mientras hablaba con otro jóven, en uno de los extremos del salon, fijaba de cuando en cuando sus ojos en Paulina, con una espresion de melancolia y profundo desconsuelo cuya causa no le era difícil adivinar ; y entónces replicó :

— No estuvo Carlos hablando contigo ?

— Si, dijo Paulina.

— Y Andrés ? agregó Elvira.

— Si, volvió à decir aquella bajando los ojos y ruborizándose.

Elvira sintió latir su corazon con desusada violencia, y que un hielo extraño corria por sus venas al escuchar este último monosilabo.

Habia descubierto ya lo que pretendia saber ; pero este descubrimiento la aterraba, porque talvez acababa de hacer otro mas terrible en su propio corazon.

Dominándose, con todo, en lo posible, y contan lo con que Paulina estaba demasiado ajitada en sí misma, para poder observarla, dijo despues de algunos momentos de silencio :

— Ya lo ves, picarona..... si yo estaba segura..... como si una no conociera lo que son los jóvenes del día !

— Pero puedo jurarte que Andrés.....

— Nada jures, hijita, si à mi misma me ha *galanteado* en mas de una ocasion, dijo con aire de naturalidad, para devolver à su rival el dardo que esta sin saberlo, le habia arrojado un momento ántes.

La palidez de que se cubrió el rostro de Paulina, la hizo ver al instante que su golpe habia sido certero.

Satisfecha entonces, agregó con la mas amable de sus sonrisas : pronto iré à hacerte una visita : no recibes siempre de noche ?

— Si, murmuró Paulina, todavia conmovida.

— Pues entonces, hasta muy luego, replicó Elvira despidiéndose con un gesto cariñoso.

Pocos momentos despues, Paulina se despidió de la dueña de casa, y salió con su marido triste y pensativa, sin haber vuelto à hablar con Andrés ni una palabra.

#### IV.

Al siguiente dia, à eso de las cuatro de la tarde, Andrés se presentó en mi cuarto, llevando impresas en su frente y en sus ojos las señales de una vigilia penosa y de un profundo desconsuelo.

Sin parecer notarlo, le dije yo ofreciéndole un asiento : Qué tal, Andrés : nos hemos divertido anoche como colegiales en vacaciones ¿ no es verdad ?

— Bien podrias ahorrarte ese plural, me contestó él sonriendo tristemente.

— Pues hombre, ¿ habré sido yo el único ? Seria una novedad digna de la crónica de los diarios.

— Puede ser ; pero tratándose de nosotros dos, el plural es escusado.

— Entónces corregiré mi frase de este modo : Te has divertido anoche como colegial en vacaciones, repuse yo recalcando las palabras.

— Déjate de bromas. El momento no es oportuno, me dijo Andrés con gravedad.

— Tienes razon : las trasnochadas predisponen à la melancolia, contesté yo, afectando un tono fúnebre.

Andrés hizo un gesto de impaciencia.

— Qué diablos! dije entonces: veo que apesar de mis esfuerzos, jamas alcanzaré á correjirte del mayor de todos tus defectos, que no son pocos por cierto. Pero qué digo? correjirte? si ni lograré siquiera que conozcas que los tienes.

— En eso nos parecemos, á lo ménos.

— Te equivocas: yo reconozco todos los míos; lo que si me sucede, es que, esceptuando los pequeños, se me olvida correjirme de todos ellos. Además ¿qué hay en esto de extraño? tiene uno tantas cosas en que pensar!

— Talvez á mi me sucederá lo mismo.

— Mucho lo dudo, porque el mayor de tus defectos, te lo diré por si lo ignoras, es tomar la vida á lo serio. Los hombres que así proceden en este mundo, me causan el mismo efecto que los que anoche veía bailar *de buena fé*? me dan risa cuando me son indiferentes, y compasion cuando los quiero.

— Pero tú mismo, no has amado, no has sufrido tambien?

Infeliz del mortal que pueda jactarse de lo contrario! Ese no habrá vivido. Pero no es ese el punto en cuestion. Lo que yo queria decirte, es que, casi siempre, la sabia naturaleza ha puesto el remedio al lado del mal, y que es menester no cerrar los ojos para no ver, ni taparse los oidos para no oír.

— Te confieso injenuamente que no entiendo una palabra de lo que dices.

— Puede ser: talvez estaré muy metafisico por reminiscencia de mis estudios de filosofia; pues recuerdo, que cuando cursaba en esa aula, me sucedia con muchisima frecuencia no entender lo que decia el maestro, y mucho ménos lo que decia yo mismo.

— Ya veo, amigo, observó entonces Andrés, que de lo que tratas es de distraerme de los pensamientos que me preocupan.

— Si has dado en ello, insistir fuera inútil.

— Completamente.

— Así son todos los que toman la vida á lo serio.

— Es muy probable, y por eso es que he resuelto curarme de mi locura.

— Bravísimo! Si quieres, te proporcionaré yo mismo alguno de los

medios que guardo para mi propio uso: el estudio de la economia politica, lo sé por esperiencia, es uno de los mas eficaces, y no tiene los inconvenientes de casi todos los que, en semejantes casos, emplea el vulgo. La filosofia y la botánica no son malas; la poesia elejiaca un excelente calmante; la historia natural, la jeologia, la . . . .

— Estás insoportable!

— ¡Pero, hombre!

— No me has oido decirte que he resuelto curarme de mi locura?

— Cómo que nó! y lo celebro en el alma.

— Anoche la venda ha caido de mis ojos. Paulina es como todas! Los que tenemos la desgracia de dar forma á los ensueños, idealizando la realidad, corremos eternamente tras de una sombra, que engalanamos con todos los tesoros de la imaginacion, pero que se desvanece cuando queremos estrecharla en nuestros brazos.

— «Nada hay nuevo bajo el sol,» dijo el sabio; y al escucharte conozco que habló con sobradísima razon.

— Hoy no es posible entenderse contigo.

— De veras?

— Si te burlas de todo.

— Es por efecto del placer que me cansa ver que vuelves á tu sano juicio.

— Segun eso, has creido que estaba loco?

— Enamorado, que es algo peor.

— Es cierto; pero te prometo que sabré arrancar de mi corazon esa. . . . .

— Nada de grandes frases, amigo mio, ó creeré que tu mal es sin remedio.

— Las heridas del alma no cicatrizan en un dia; mentiria si lo dijese, porque no lo creo; pero puedo si asegurarte que mi amor ha muerto.

— Por lo comun esa clase de animal muere solo de consuncion. Esas muertes súbitas, pueden de tales tener las apariencias, y ser únicamente un parasismo. ¡Cuidado!

— Nó, no lo temas.

— Entonces compondremos un epitafio; lo que siento es no poder disponer siquiera de unos quince dias para improvisarlo; . . . pero escucha.

## LA BANDERA RADICAL

Andrés enterró su amor  
Sin ver al facultativo :  
¡ Cuál no será su dolor,  
Cuando lo ha enterrado vivo!

Después de oírme, Andrés, haciendo un jesto de impaciencia, se marchó sin despedirse de mí.

Así somos todos ; y sin embargo, yo no había hecho otra cosa que repetirle en voz alta, lo que él solo se confesaba á sí mismo en su interior.

Pronto tuve ocasion de convencerme de que no me había equivocado, cuando algunas noches después me encontré con él en casa de Paulina.

En la fisonomía de esta sí que era imposible descubrir lo que pasaba en su interior, si es que algo se pasaba de extraordinario ó desusado. Siempre amable y seria, se manifestaba igual para con todos, sin que pudiera descubrirse ni el mas ligero asomo de preferencia por ninguno de los que visitábamos su casa.

Esto ponía á Andrés desesperado, y causaba suma satisfaccion en Elvira que, después de la noche del baile, se había hecho asidua compañera de la que llamaba su amiga.

En las primeras ocasiones que Elvira y Andrés se encontraron en casa de Paulina, este último, que nunca dirigía directamente á aquella la palabra, era para con ella reservado y frío, mientras que la jóven no desperdiciaba las oportunidades de hacerle esas pequeñas distinciones, que no son nada en sí mismas, pero que las mugeres saben hacer valer tanto á nuestros ojos.

Andrés no pudo al fin dejar de notarlo, y como una nueva imagen había venido á borrar la de Elvira en su corazón, érale fácil perdonarla del todo los dolores que le había causado en otro tiempo. Nuestras propias flaquezas, cuando no producen el efecto contrario, nos hacen tan induljentes ó tan equitativos! ¿ Por qué no habíamos de absolver á los demás de las faltas que nosotros mismos cometemos?

Así á lo menos pensaba Andrés que, viendo frecuentemente á Elvira, acabó por encontrar en su trato no sé que extraña dulzura, y algo como un consuelo á sus presentes dolores.

Con todo, esta transformacion no se efectuó en un dia, sino que fué operándose en su ánimo insensible y lentamente, sin que él se apercibiera de ello ; si bien la jóven con la perspicacia innata de su sexo, no perdía uno

solo de sus detalles, y observaba con creciente alegría los pasos que en esta senda iba dando su antiguo adorador.

Elvira, sin embargo, se equivoca en un punto. Todo lo que ella veía en las simpatías de Andrés, lo tomaba como perdido por Paulina, y en esto cometía un error, por otra parte, disculpable y muy fácil de explicarse, si se atiende á su belleza, á su femenil vanidad de coqueta educada, hasta cierto punto, por el humo del incienso que quemaban constantemente ante ella sus numerosos adoradores, pero aun mas que por estos dos motivos, por la vehemencia del deseo que alimentaba su corazón.

En efecto, empeñada en esta lucha casi esclusivamente por orgullo y vanidad en un principio, se había apercibido mas tarde de que era su corazón el que tomaba en ella la parte principal.

Al notarlo tembló por su tranquilidad, y estuvo á punto de abandonar la partida.

Pero el amor atrae y desvanece, como los abismos, y el que no logra detenerse algunos pasos antes de llegar al borde del precipicio, en vano apelará mas tarde á toda su enerjía y su entereza : el vértigo se habrá apoderado de su frente, y le será forzoso correr los azares que le depara la suerte.

Elvira, por otra parte, como todas las que se encuentran en semejante situacion, no tuvo conciencia del peligro á que se exponía, sino durante algunos momentos ; y ademas, ya lo hemos dicho, era coqueta. ¿ Cómo podía entonces figurarse que correría riesgo alguno en un juego á que estaba de tiempo atrás acostumbrada?

Por lo tanto, desechando sus momentáneos temores, se lanzó sin recelo en esa senda desconocida y tortuosa, cuyo término es casi imposible adivinar.

Recordando sus triunfos de sociedad, los madrigales que la lisonjearon á sus plantas, su belleza y su gracia por todos proclamadas, y confirmadas por las confidencias de su espejo, no duró de alcanzar la mas espléndida victoria.

Pero olvidaba que Andrés era para ella el pasado, la encarnacion de sus juveniles ensueños, el amor puro y sincero de sus quince años, el prestigioso y melancólico recuerdo de sus primeras y mas profundas impresiones.

Tal vez cuando se decia á sí misma que solo escuchaba la sugestiones de

su amor propio, su corazón no la dejaba ignorar que cedía á sabiendas, pero sin alcanzar á resistirlo, al inefable y mágico poder de estos encantos; porque renaciendo en su alma sus castas y vaporosas ilusiones de niña, despertadas por el eco tierno de aquella misma voz que hiciera en otro tiempo resonar en su oído las primeras palabras del amor, se le presentaban ahora con todos los atractivos y deslumbrantes atavíos del bien perdido para siempre.

Pero sea de ello lo que se fuese, bien se diera ó no cuenta de lo que se pasaba en su alma, Elvira no era ya la misma.

Esto tampoco podía ocultarse á los ojos de Paulina, que aunque ajena hasta entónces á las pasiones, al fin y al cabo era también mujer.

Su instinto femenino la había guiado en este caso mas bien que su experiencia del mundo; pero como esta le faltaba, no había alcanzado á distinguir que si bien Elvira amaba á Andrés, este no abrigaba por ella el mismo sentimiento.

De este error nacía para ella un sufrimiento que ella misma no acertaba á explicarse, y que atribuía á la repulsión que le causaba ver que una mujer ligada á otro hombre por lazos indisolubles, tuviese la debilidad de ceder á los halagos de un sentimiento, al que, sin embargo, había por lo menos renunciado por su propia voluntad.

Una noche en que las dos jóvenes se encontraban solas en casa de Paulina, Elvira dijo á esta, afectando indiferencia:

— Tus tertulianos te han abandonado.

— Así parece replicó Paulina.

— Tal vez vendrán mas tarde.

— Puede ser, porque Andrés me ofreció anoche traerme no sé que libro.

— Se me había olvidado.

— Raras veces, sin embargo, se te olvida lo que dice Andrés.

Apesar de su dominio sobre sí misma, Elvira se puso colorada; pero luego despues repuso con aire bastante natural:

— Se te figura que Andrés es mi preferido?

— No se me figura, lo creo.

— Es cierto que Andrés es un joven de mucho mérito, y á quien estimo; pero de eso á ser el preferido.....

— No hay mas que un paso.

— En efecto.

— Ya es otra cosa!

— Veo que te equivocas.

— Nó, hijita, de tiempo atrás bien sé á lo que debo atenerme sobre ese particular, repuso Elvira, queriendo de reo pasar á ser acusador.

Paulina no contestó. Esta brusca respuesta, al propio tiempo que era una confirmación de sus sospechas, venía á iluminar en su conciencia algunos puntos hasta entonces envueltos en la nube de la duda. ¿Era solo su interés por Elvira lo que la guiaba al tratar de hacer á esta algunas observaciones sobre su conducta respecto de Andrés? No tenía para ello otro móvil mas egoísta y oculto, pero á no dudarlo, mucho mas poderoso?

Despues de hacerse mentalmente estas interrogaciones, Paulina, que había empalidecido durante algunos segundos, creyó en conciencia que podía responderse negativamente.

Pero Elvira, que tenía fija la vista en ella, notando su pasajera turbación, quiso aprovechar esta circunstancia, tornándola en su provecho, y por eso le dijo:

— Las que manifestamos abiertamente interés por nuestros amigos, no somos las que abrigamos por ellos, sentimientos de otro género.

— Segun eso....

— Son las que aparentan frialdad las que los aman.

— Elvira!

— Quién no sabe esas cosas!

— No te acalores; yo no he querido decirte.....

— Que estaba enamorada de Andrés?

— Cómo puedes pensarlo!

— Sin embargo...

— Nó, Elvira, si lo creyese, te lo diría con franqueza. Ya sabes que te quiero, y en ese caso, léjos de andar con ambigüedades, habría puesto particular cuidado en ser esplicita y clara; porque viendo en ello un peligro para tu dicha y tu reputación, no habría podido conformarme con que corrieras á tu pérdida, sin hacer cuanto pudiera por salvarte.

— Agradezco en el alma tus buenas intenciones; pero no sé entonces lo que querías decirme.

— Creo que es mejor que no hablemos mas sobre este asunto.

— Como te parezca. Sin embargo, como me dijiste, con un tono tan

gravé, que te pesaba que tuviese estimacion por Andrés, yo no sé que pensar. Será que él es indigno de mi amistad?

— Si no he dicho tal cosa!

— Pues entonces, hoy no entiendo el castellano.

— Oyeme, Elvira, ya que insistes en ello. Yo no he querido decirte ni que estabas.... enamorada de Andrés, ni que él sea indigno de tu estimacion; lo único que pretendía era recordarte que una muger debe ser muy cauta y circunspecta en todas sus acciones, hasta en las mas inocentes, sobre todo, cuando es tan jóven y hermosa como tú, y que....

— Está casada con un hombre como mi marido?

— No digas eso!

— Yo soy franca, y todas mis amigas lo conocen tan bien como yo... Pero no veo, ni me acuerdo cuando puedo haberme puesto en el caso de necesidad de advertencias ni consejos.

— Estás hoy muy susceptible, perdóname que te lo diga.

— Susceptible?

— Así me parece.

— Te equivocas; pues yo no encuentro que tenga nada de extraño que una quiera saber cuando ha dado lugar á que sus acciones se interpreten de un modo desfavorable.

— Yo no creo que lo hayas dado nunca; pero tú sabes que el mundo atribuye las mas veces á nuestros actos un alcance que no tienen, y que en jeneral, nosotras las mugeres, aunque todas sabemos lo contrario, afectamos no creer que puedan existir amistades francas y sinceras entre jóvenes de distinto sexo.

— Segun eso, tú crees que mi intimidad con Andrés pudiera comprometerme?

— Talvez.

— Pero tú sabes. . . . .

— Cuanto tú quieras.

— Si tú no fueras mi amiga, habrias sospechado. . . . .?

— Nó.

— Y entonces?

— Yo no aparento creer en nuestra lijereza y debilidad, como lo hacen casi todas, pero yo no soy la sociedad.

— Por lo visto, segun tu modo de pensar, una no debe tener ningun amigo?

— Si á él mismo, ó al mundo, pudiera dársela ocasion para creer que hay algo mas que amistad, nó.

— Veo que tú, ante todo, estás por salvar las apariencias.

— De lo que no existe, sí.

— Pues yo no soy de tu opinion: si tengo mi conciencia tranquila, lo demas *nada* me importa.

— Para ti misma es lo bastante, sin duda; pero no lo es para los demas.

— Qué quieres, yo soy así.

— Preciso es acordarse, con todo, de que vivimos en el mundo.

— Y tú crees que lo olvido.

— No digo tanto.

— Vaya que estás enigmática!

— Es que tú te empeñas en dar á mis palabras un sentido que no tienen. El cariño que te profeso me hará talvez exajerar algun tanto mis previsiones; pero te aseguro. . . . .

— Nada tienes que asegurarme; bien sabes que conociéndote, no se puede dudar de tus buenas intenciones.

Esta contestacion fué dada de una manera que prestaba á las palabras un sentido harto diverso del que tienen; pero por fortuna, Paulina no pudo notarlo, porque la llegada de Andrés y algunas otras personas, vino á interrumpir esta conversacion que amenazaba continuar en un tono que no podia menos de disgustarla.

(Continuará.)

## Los Palmares

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARIA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

(Continuacion.)

### XVII.

Una hora despues, Luis se encontraba en cama leyendo tranquilamente un libro que habia tomado de una mesa, cuando Eduardo entró con paso grave al aposento, y sentándose al lado de su amigo, dijole con aire forzadamenté alegre.

—Supongo que ya se habrá pasado todo entre nosotros.

—Por mi parte, contestó Luis cerrando el libro, no puede haber dificultad, y me veo tanto mas dispuesto á una reconciliacion formal, cuanto que nunca he tenido motivos reales de enemistad y de ruptura.

—Me has tratado duramente! exclamó Eduardo.

—Si vamos á darnos quejas, replicó Luis, es cosa de no acabar en esta noche; ¿te figuras que me has tratado tú muy bien?

—Ah! yo hablaba bajo la influencia del aturdimiento. Sabes que mis primeros arranques son terribles. . . . .

—Demasiado que lo sé!

—Bueno! soy así; así me hizo la naturaleza, ó el hábito.

—Que es una segunda naturaleza, agregó Luis.

—Tengo arrebatos de sangre, continuó Eduardo, que me hacen insoportable, lo conozco; pero que tambien deben hacerme disculpable, sobre todo á los ojos de mis amigos.

—Mas que disculpado por mi parte, apresuróse á decir Luis con una sonrisa encantadoramente afectuosa.

—Pues yo no te disculpo de ese modo! Has sido cruel conmigo; has sido cruel á sangre fria, porque tú no te exaltas ni te irritas nunca....

—Es cierto; no me da por esas cosas; pero hay momentos en que es necesario colocar la exaltacion ó la irritacion en nuestros labios. ¿Cómo querias que respondiese al temporal de insultos que descargabas sobre mi pobre cabeza?

—Hubiera preferido que respondieses con insultos todavia mayores, á que te erigieses en juez de mi conciencia, formulando aquellas acusaciones tan terribles.... y tan ciertas.

—Bah! bah! bah! exclamó Luis; no te preocupes de eso; soy abogado y sé defender mis causas, del modo que pueda causar mas impresion en mi auditorio!

—Te lo confieso; respondió Eduardo meneando gravemente la cabeza; estoy impresionado y me abate el alma una tristeza abrumadora....

—Ah! me parece que empiezo á comprenderte ¿De quién estás tú enamorado? ¿De Adela ó de Maria Angélica?

—Vaya una pregunta extravagante.

—No tal; juiciosa, juiciosísima; todo lo que sucede aqui, desde que

empezamos á ocuparnos de..... de la última..... eh!..... de Maria Angélica, parece demostrarme á la evidencia que tu corazón fluctua entre dos sentimientos contrarios, y acaso que te inclinas al..... al último..... pues..... al de Maria Angélica.

Eduardo finjió considerarse ofendido al escuchar esas palabras, y contestó con algun acento de reproche.

—¿Lo dices porque no he encontrado bien tu tentativa de esta noche?

—No por eso precisamente es que lo digo, replicó Luis, pero no deja tambien de sorprenderme que sin profesar alguna entrañable simpatia á Maria Angélica, te haya parecido tan mal una broma que es moneda corriente entre nosotros.

—Circunstancias especiales.... murmuró Eduardo algo turbado.

—Comprendo, si, comprendo; y no debo insistir sobre ese punto, pero prescindiendo de eso, tú estás triste y pesaroso; á veces quieres fingirte á tí mismo la alegría, pero en el fondo de tu corazón hay una espina.

Eduardo guardó silencio unos instantes y contestó en seguida.

—Voy á decirte la verdad; me cuesta abandonar á Maria Angélica; creo que me ha querido tanto! es tan digna de ser querida por cualquiera! Mi aspiracion sería hacerla feliz, muy feliz, pero no puedo sacrificar mi felicidad á la suya. Todo mi amor es para Adela, todo; pero algo de agradecimiento, de estimacion, ó de... algo en fin, que yo mismo no me explico, es para la desgraciada Maria Angélica!

—Ese algo, no será algo que se parezca al amor bastante?

—He dicho que todo mi amor es de Adela. . . . .

—Pero puedes no haber dicho la verdad; puedes haber mentido sin quererlo ¿Acaso la vista del hombre alcanza á sondear su corazón? Esta noche he creido encontrar en esa pobre muchacha *l'étoffe* de una criatura virtuosa — ¿porqué no puede haberte seducido la virtud?

—Si, yo respeto la virtud de Maria Angélica, y eso es precisamente lo que me hace dolorosa, si, muy dolorosa, esta separacion inevitable.

—Hay un remedio, exclamó Luis frunciendo el ceño, como si viera desbaratarse algun plan acariciado; hay un remedio; en vez de separarte, únete por lazos indisolubles con ella.

—Todo lo contrario! respondió Eduardo con aplomo; me separo y me separo para siempre. No la volveré á ver jamás.

— Cómo! ¿para siempre? ¿y los planes de casamiento con el misterioso capitán?

— Todo está deshecho! María Angélica prefiere la soledad y el llanto á ese matrimonio sin amor. Ya está convenida con su madre; resistirán á la boda. Todo nuestro proyecto ha fracasado.

— Complicacion novelesca, dijo Luis magistralmente!

— No dudo que sea novelesco para tí; para mí, no puede ser mas real, y me tiene seriamente preocupado....

— Ah! ya entiendo; vienes á consultar conmigo la cuestion; recurre á tu abogado.... muy bien hecho: ¿Como es el caso?

— El caso es que mañana debe venir el Capitán Miguel, trayédome su asentimiento para ser el capataz de los *Palmares*. Entonces irán á consultar la voluntad de María Angélica; habrá....

— Tragedia, interrumpió Luis con aire de prevision solemne..

— Si: continuó Eduardo; habrá llantos y desmayos.... Sabe Dios que mas. Entonces, talvez no sea posible que María Angélica disimule el verdadero motivo de su repulsion hácia el Capitán Miguel.... D. Félix entrará en recelos..... y francamente..... yo me moriría de vergüenza si ese pobre hombre viniera á pedirme cuentas....

— Lo terrible no es el viejo; dijo Luis con aire cinico; lo terrible es el Capitán Miguel, que sospechará á su turno!....

— Eso es lo de menos, replicó altaneramente Eduardo; estás soñando con el Capitán Miguel, como si fuese algun gigante invencible de los pasados tiempos....

— No querido amigo; creo simplemente y con una buena dosis de sentido comun, que tú no puedes sacar ningun provecho de entrar en reyertas con ese gaucho vengativo, y que te conviene cortar esta cuestion de cualquier modo.

— En eso, puedes tener razon; he desistido ya de venir con Adela á los *Palmares*.... Lo deseaba ardientemente, pero es imposible ya. El porvenir está arreglado. Lo que falta ahora es ver como me desentiendo de este asunto con el Capitán Miguel.

— ¿Cuál es tu idea?

— Mandar llamar á D. Félix muy temprano, y decirle que he desistido de ocupar al Capitán Miguel.

— Con qué pretexto?

— Con cualquiera; que lo he reflexionado mejor; que es imprudente confiar un establecimiento de esta clase á un militar tan comprometido como él...., á un caudillejo.

— ¿Y qué es lo que evitas de ese modo?

— D. Félix irá á la casa del Capitán Miguel; le comunicará mi resolucion, y de este modo, ya no se habla mas del casamiento, porque sin el empleo, se queda todo en nada.

— No apruebo el medio, dijo Luis despues de meditar unos momentos. Hay en él un embuste indecoroso, y sobre todo, que te puede comprometer muy seriamente. No necesitas echar mano de ese recurso; te queda aun mucho mas sencillo y mucho menos peligroso....

— ¿Cuál es? veamos...

— Salir, mañana bien temprano, para Montevideo....

— ¿Y D. Félix? Qué le digo á D. Félix?

— Que necesitas irte; que yo estoy muy apurado; que no puedes demorarte ni un momento....

— Pero.... y.... sobre el Capitán Miguel?

— Que si trae el consentimiento, lo haga recibir del puesto, y que se entiendan entre ellos sobre el endemoniado matrimonio que en mal hora se te ocurrió fomentar bajo tus inspiraciones imprudentes.

— Si, pero entonces sucederá lo que quiero evitar precisamente; vendrá el conflicto. . . . .

— Vendrá, y habia de venir de cualquier modo; con esta diferencia sin embargo, que vendrá cuando tú estés lejos de la *Estancia* y sin intenciones de volver á ella.

— No está mal pensado..... pero en verdad que les voy á dejar un drama.....

— Despues de tí, el diluvio, exclamó Luis, cerrando al fondo de aquella conversacion con esta reminiscencia histórica.

## XVIII.

Mediaron algunas breves esplicaciones entre los dos amigos, y quedó resuelto el viaje para la mañana siguiente.

Eduardo no consiguió dejar el sueño tan temprano como lo hubiera deseado; empezaba el sol de Diciembre á calentar, cuando el jóven, des-

pues de haber despertado à Luis que dormía con la conciencia tan tranquila como el mejor de nuestros Ministros de Estado, recién salía en busca de D. Félix para informarle del repentino viaje y hacerle preparar el coche en que había venido Luis.

Eduardo encontró à D. Félix, trezando en el galpon unas riendas con que el viejo quería obsequiar à su patron antes de la partida.

— D. Félix, dijo Eduardo con natural cordialidad ; no sabe que estamos de viaje?

— Hoy mismo, señor, exclamó sorprendido el viejo. ¿ Y à que hora ?

— Ahora mismo, sin demora alguna. Ya estamos en retardo ; debí levantarme al aclarar ; mi compañero está muy apurado y quiere llegar mañana mismo à Montevideo.

— Es natural, respondió D. Félix ; mozos de pueblo no pueden estar mucho tiempo fuera de sus pagos. En cual carruage van.... en el que Vd. trajo ó en el que trajo su amigo?

— En el de Luis ; hágalo aprontar.....

— Ahora mismo, señor, los caballos están en el corral y no hay mas que hacer sino prenderlos.....

Ya D. Félix se alejaba para impartir sus órdenes, cuando Eduardo lo detuvo, diciendo con cierto aire de estrañeza, al notar el silencio del viejo sobre el asunto del Capitan Miguel.

— Señor D. Félix, en cuanto à lo que hablamos ayer con el Capitan Miguel, mantengo siempre mi palabra ; así que él venga, Vd. puede hacer que se reciba de la *Estancia*, y despues arreglarán Vdes. lo demas.

D. Félix permaneció un momento como en actitud dudosa, y despues respondió, moviendo en señal de desconsuelo la cabeza.

— Todo se va à quedar en nada..... La muchacha dice que no quiere al Capitan, y la madre se ha puesto al lado de ella. Anoche tuvimos una cuestion muy fuerte... Se han encaprichado en una cosa, y el patron bien sabe lo que son las mugeres cuando se les pone algo en la cabeza. Me contó la madre que Maria Angélica no se casaria por nada, y despues me dijo que à ella tampoco le gustaba el casamiento.... Eh..! que quiere Ud..... el Capitan es de los que le mataron al marido, y como son tan porfiadas las mugeres, no les gusta.... pues.... entrar en parentesco así con esa gente.... Ellos lo trataban bien, cuando era un amigo desgraciado y nada mas, pero para otra cosa no lo quieren..... Yo me he convencido que es imposible hacer nada por el Capitan.....

— Sin embargo, dijo Eduardo tratando de dominar el sentimiento de contrariedad que aquellas esplicaciones le causaban, yo no retiro mi proposicion ; el Capitan Miguel será el capataz de los *Palmares*.

— Que esperanza, señor ; lo que él sepa que la muchacha no lo quiere, ni la madre tampoco, buena vamos à tener.... No se queda en la *Estancia* por nada de este mundo.

— De todos modos, yo he cumplido con el Capitan, y Ud. se lo hará presente ; si él no quiere aceptar lo que le ofrezco, escribámelo à Montevideo, y yo arreglaré el medio de cumplirle à Ud. mi promesa. Está Ud. muy viejo y los viejos necesitan descansar.

— Gracias, señor, gracias ; dijo D. Félix saludando à Eduardo y tomó en direccion hácia el corral.

Como sucede siempre en estos casos, hubo tropiezos que dificultaron la salida, y eran ya las diez de la mañana cuando se anunció que el coche estaba pronto.

Momentos antes de montar, ya fuera del patio, D. Félix se acercó à Eduardo y le dijo con el sombrero en la mano :

— Señor — ahí está el Capitan Miguel..... es una suerte..... ya no necesitamos decirle que la muchacha no lo quiere y todos quedaremos amigos como antes.

Iba Eduardo à solicitar la esplicacion de estas palabras, cuando percibió à Miguel que se acercaba.

— Apártate, dijo Eduardo à Luis que se encontraba à su lado, mirando con traza mefistófelica la escena.

— Te espero en el coche, dijo Luis y se alejó silbando unas alegres coplas de zarzuele.

El Capitan Miguel se aproximó y estendió la mano à Eduardo con soltura y sin afectacion ni lijereza ; había en el semblante de aquel hombre un tinte de melancolia mas acentuado que otras veces, y acaso por esa misma circunstancia su figura revestia un interes mayor.

— Vd me trae la contestacion definitiva, dijo Eduardo apresurándose à salir de aquel atolladero embarazoso.

— Si señor, respondió Miguel con gravedad ; quedo muy agradecido à sus ofrecimientos, pero no puedo aceptarlos por ahora.

— Cómo ! no quiere V. ser el capataz de los *Palmares*, exclamó Eduardo sin poder ocultar la expresion de su alegria.

— No, señor, es imposible; lo he consultado con mi pobre abuelo, y él no quiere abandonar su rancho..... De valde ha sido hablarle de las ventajas que tiene la ocupacion que V. me ofrece; cuanto mas se lo decia, mas se encaprichaba en no salir de allí. Tanto ha sido que hasta lloró y se enojó conmigo..... Es tan viejito, que ya empieza à tener manias, pero yo no puedo desobedecerle, aunque me duela.....

Mientras hablaba el Capitan, Eduardo se habia quedado pensativo; esa negativa del ciego à quien habia conocido el dia de su llegada à los *Palmares*, llevó à su mente, con misterioso enlace, vagos recuerdos que parecian producirle una impresion estraña. Ese ciego, se decia Eduardo, se sorprendió al escuchar el nombre de mi padre; segun las referencias de Leon, no ha querido venir à ocupar la poblacion vecina de la *Estancia*, sino despues de la muerte de mi padre; y ahora se resiste à que el nieto venga à tener la exelente ocupacion que yo le brindo..... Eduardo buscaba el sentido de estos hechos y no alcanzaba à vislumbrarlo.

En ese instante mas que por impaciencia, por favorecer à su amigo Luis gritó desde el coche.

— Es tarde! vamos pronto....

— Voy al punto, respondió Eduardo, saliendo de su preocupacion con un encojimiento de hombros.

En seguida tendió la mano al Capitan, que se la oprimió con efusion de gratitud, y salió à reunirse con su compañero de viaje.

— Señor D. Eduardo, dijo D. Feliz al llegar al coche.

— Adios mi amigo, contestó Eduardo apretando maquinalmente la mano del buen viejo.....

— Salustiana me ha encargado..... murmuró D. Félix.

— Ah! es cierto, exclamó Eduardo contrariado de una manera singular, no sé comò se me ha pasado el despedirme de ella.... y de Maria Angélica.

Luis tosió, asomándose por la ventana del carruaje, y D. Félix prosiguió con rustico acento de hidalguia:

— A ellas les correspondia venir à despedirse del patron, pero sucede que Salustiana no puede moverse de la cabecera de la hija..

— Como! exclamó precipitadamente Eduardo, — ¿Maria Angélica está enferma?

— Si señor, respondió el viejo: esta mañana ya se levantó descompuesta, con la cosa del casamiento..... yo supongo.... y despues, cuando estábamos prendiendo los caballos en el coche, parece que le dió un mal muy fuerte y tuvo que meterse en cama.....

— ¿Pero es de gravedad la enfermedad? preguntó Eduardo con inquietud y desagrado al mismo tiempo.

— La madre está llorando, contestó D. Félix; pero no ha de ser gran cosa; puede que se le pase pronto.

— D. Félix, dijo Eduardo sin poder reprimir algunas lágrimas que humedecieron sus ojos; atienda à Maria Angélica, mande buscar un médico al pueblo que esté mas cerca, y disponga con toda libertad del dinero de la tropa que vá à venderse en estos dias..... Cuide à Maria Angélica, como si fuese mi hermana.....

— Vamos, vamos pronto, exclamó Luis, que no perdía una palabra de esta escena y que le veía tomar un giro bastante peligroso.

— Vamos, dijo Eduardo y sin pronunciar una palabra mas ni dirigir una mirada al viejo, se precipitó en el coche, que salió inmediatamente despues à trote largo, por el camino real que conduce desde los *Palmares* hasta Montevideo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

(Continuará.)

## La semana política

Reciproca impotencia de los bandos — El antagonismo de los generales colorados — La mision del Obispo *in partibus infidelium* — Manejos anti-ministeriales — El nubarron de la intervencion brasilera.

No han conseguido hasta ahora las alucinaciones de los partidarios — ni los boletines falsos, ni los cohetes, ni los pronósticos à la moda del General Mitre, ni las *balacadas* à la moda de nuestros buenos paisanos, con-mover la fé de nuestras convicciones sobre la indefinida duracion de una guerra en que se vé envuelto el pais contra la manifiesta voluntad de la gran mayoría de sus habitantes.

Recien empieza la guerra, dijimos despues de la batalla del *Sauce*, en el primer número de la *Bandera Radical*.

Recien empieza la guerra repetimos, despues que Suarez y Borges se juntaron en Santa Lucia para continuar la persecucion de los blancos.

Recien empieza la guerra, volvimos á decir, cuando el triunvirato Ordoñez — Castro — Borges, se puso al frente del Ejército y abrió las operaciones interrumpidas por tres veces, sin que nadie sepa la razon cabal de ninguna de las interrupciones efectuadas.

La guerra civil por la guerra civil no tiene término — hé ahí un axioma que debe servir de norma á todos los políticos orientales.

Serán vencidos los motines; saldrán triunfantes las revoluciones; pero las luchas personales de los bandos que son fuerzsas iguales, formadas de la misma masa, jirando sobre un terreno comun é impulsadas por los mismos móviles, pueden producir tremendos choques, pero muy difícilmente se terminan por el predominio de un bando sobre el otro.

Hablan los hechos mas alto que nuestras teorías.

Ahi están los Ejércitos, hace mas de un mes, en un área de territorio que no alcanza á cien leguas cuadradas; no cabe el pretexto de las buenas caballadas que siempre tiene el enemigo y de la falta de caballos en que se encuentran siempre los Ejércitos del Gobierno.

La reciproca impotencia es evidente; los adversarios se miran, se miden y se respetan.

El convencimiento de la prolongacion indefinida de la guerra, vá ganando terreno hasta en las mismas filas de los belijerantes.

La desercion se hace sentir; los blancos aspiran á contrarrestarla, fraccionando sus fuerzas, mandando todos las divisiones á su departamento respectivo; los colorados se verán en la necesidad de hacer lo mismo, y las operaciones volverán á quedar paralizadas.

Han contribuido en mucha parte á este movimiento desertor, que en el Ejército del Gobierno se ha manifestado con la desaparicion de divisiones enteras y numerosas como la del Comandante Galarza, los últimos sucesos de la negociacion Osorio.

¡Cómo! se han dicho los paisanos; nuestros gefes están de abrazos ahora, y mañana nos echan á nosotros para que nos matemos por ellos!

Reflexion muy propia de esos desgraciados compatriotas, que no ven ni pueden ver en la lucha actual ninguna causa popular comprometida, y que al mirar la reconciliacion aparente de sus gefes, se figuran con razon que ha desaparecido el móvil de la tradicional contienda.

No podrá negarse que hoy los partidos son mas numerosos que antes, porque la poblacion aumenta; pero tambien, si son mas los que llevan divisa en el sombrero, son menos los que la llevan en el corazon.

Algo es algo para los que aspiramos á ver sombreros y corazones sin divisas de montonera!

En todos estos hechos, no falta quien asigne á Ordoñez ó á Castro la responsabilidad del mal, soñando con una restauracion de Suarez y Carballo en la direccion suprema de la guerra.

Que Ordoñez y Castro y Castro y Ordoñez, y todos ellos juntos, son verdaderas nulidades incapaces de concluir la guerra y muy capaces de concluir su propio Ejército, es cosa que no puede someterse á discusion y que se sabía mucho antes de que los pusieran donde están.

En la negativa, todos estarán conformes; quieren un cambio, ¿pero de quién y por quién?

Puede admitirse sin dificultad que Suarez y Carballo dirijirian mejor las operaciones de guerra, pero queda otra dificultad por resolver — ¿como se les pone al frente del Ejército sin disolver el Ejército?

Saliendo Castro y Ordoñez, salen Borjes y Coronado y todos los gefes subalternos adictos á esos gefes superiores; luego, ya sabemos lo que son nuestros caudillos; cuando se apartan de sus fuerzas quieren que se diga que la gente se ha mandado mudar porque no estaban ellos; y al efecto, antes de salir dejan sus cosas arregladas para fomentar el desquicio del Escuadron, de la division ó del Ejército que entregan á sus sucesores.

En las circunstancias de hoy, un cambio de generales no puede lisonjear á nadie que conozca un poco nuestras cosas.

Para los colorados, lo que hay es malo; pero lo que puede venir, es mucho peor.

Los caudillos están anarquizados entre si; esto es un bien para el pais; pero los colorados se pierden, si necesitando de ellos, se empeñan en fomentar su antagonismo.

Dejen las cosas como estan; asi no concluirán la guerra pero tampoco la concluirán de otra manera, y ya es tiempo de reconocer que nuestras graves cuestiones políticas no se resuelven con simples sustituciones de caudillos.

Por otro camino mas noble y halagüeño, aunque no mas certero acaso, se trata en estos momentos de poner un término final á la contienda.

Nos referimos á la mision del Sr. Obispo de Megara, que hoy preocupa justamente á la opinion.

En las repúblicas italianas era muy comun la intervencion del sacerdote para apaciguar los grandes disturbios públicos; pero desde que el mundo, por la legislacion ó por las costumbres, entró en el camino de la secularizacion política y perdió la Iglesia su predominio social, ya no ha sido comun esa inmision del clero en los debates armados ó pacíficos de los pueblos.

Todo es extraño en la mision del Sr. Vera:

¿Cómo el General Battle le ha hecho la concesion que no quiso hacer al General Osorio?

¿Cómo se halaga el Sr. Vera con la idea de alcanzar un resultado proficuo, inmediatamente en seguida de haber fracasado una tentativa de paz tan popular, como la que representaba el noble y denodado riograndes?

¿Qué sentimientos mueven á los consejeros del Presidente y á los conseros del Obispo en este ensayo de pacificacion?

Hé ahí misterios que no se han aclarado, y que nosotros no queremos profundizar con arriesgadas é imprudentes conjeturas.

Tenemos nuestras opiniones muy hechas sobre la solucion pacífica, y hasta ahora no encontramos razon para modificarlas.

Creemos que la ocasion es propicia para una solucion altamente digna y popular; en la reducidisima esfera de nuestros medios, trabajamos con decision por ella; pero nos colocamos en la misma situacion de los que dicen: si la paz se hace, de cualquier modo que se haga, bien venida sea la paz, porque la guerra es el peor de nuestros males posibles.

Todo puede suceder; el Sr. Vera no encuentra en el campamento blanco algo parecido al asiento de su investidura eclesiastica.

La mision del Sr. Vera no es como su obispado *in partibus infidelium* — en region de infieles; sino al contrario, en cofradia de amigos y de antiguos compañeros de armas.

Que Dios le dé sobre su diocesis política, mas influencia, que sobre su diócesis espiritual — tales son nuestros deseos y nuestras mas ardientes votos.

Han coincidido con la mision del Sr. Vera, serios trabajos de Representantes y de Senadores para exigir al Gobierno un cambio radical de Ministerio.

Apreciando esos hechos bajo el criterio de la armazon actual, no podemos censurarlos en manera alguna.

Fluye de la organizacion constitucional que el Poder Ejecutivo debe consultar la opinion del cuerpo legislativo en la eleccion de sus Ministros, asi como en la marcha de su política.

En eso no hay menoscabo ni mutilacion de atribuciones, sino *elasticidad y condescendencia* indispensables en los diversos resortes públicos, para ejercer armónicamente sus funciones.

Los Senadores y Representantes están en su derecho aspirando á ejercer influencia política sobre los procederes del Presidente de la República, y la cuestion se reduce á saber si ejercen ese derecho con acierto y con provecho para los verdaderos intereses del pais, no para los intereses de un partido, no para los intereses de un círculo.

¿De que se trata? ¿Nada mas que de cambiar personas? Agitacion estéril! trabajos disolventes que no conducen á ningun resultado práctico y benéfico.

Lo que necesitamos cambiar, es la política de guerra, la política de bando, la política de corrupcion administrativa.

No por otra cosa puede conmoverse la opinion; no de otro modo puede llevarse alivio á los males de la cosa pública.

En este sentido, la adhesion de todos los patriotas, y de todos los intereses que sufren en la situacion actual, secundaria sin reservas la iniciativa de los Senadores y Representantes á quienes nos referimos.

Las cuestiones se complican y los momentos urgen.

Ya no es la crisis financiera, la desorganizacion política, el desquicio administrativo, el malestar económico, la descomposicion social, todo lo que se combina para reclamar premiosamente una solucion siquiera razonable del conflicto en que se encuentra el pais.

A todos esos males, se agrega el inminente peligro de la *intervencion Brasileira*.

Ya que nos encontramos personalmente solos, séanos permitido acompañarnos con nuestras propias ideas. Desde el viaje del Dr. Lerena á la Provincia de Rio Grande, en mision cerca del General Osorio, no hemos dejado de anunciar como inevitable y próxima una nueva intervencion estrangera en la lucha de los tradicionales partidos.

Entonces no se creia, ó mejor dicho, no se queria creer en semejante

peligro; hoy todos los órganos de la opinion lo reconocen con carácter de mas ó menos inminencia, y nos ahorran, á nosotros que solo llevamos (como diria el Dr. Ferreira) una piedra *semanal* á la obra de la controversia pública, — nos ahorran el trabajo de entrar en demostraciones sobre esa cuestion tan capital.

Si alguna duda pudiera haber á este respecto la publicacion que ha hecho el *Telégrafo Marítimo* de una sesion del Parlamento Brasilero, viene á descorrer completamente el velo de los acontecimientos futuros.

No podemos trascribír íntegramente el discurso pronunciado por e Diputado Brasilero, pero bastarán algunos fragmentos para nuestro fin.

Téngase en cuenta que habla un enemigo de la política de intervencion.

« Si en el territorio de la República, señor presidente, todo parece indicar que no tenemos fuerzas ni energia para garantir los intereses legítimos de los brasileros que son víctimas inocentes de las correrías de los caudillos y de la mala voluntad del Gobierno legal, ni para castigar á los provocadores de cuestiones internacional es que se inmiscuen en todas las luchas internas de aquel país; por otro lado dentro de nuestras fronteras, en territorio nuestro, todo conspira para comprometer nuestra causa, que es la causa de la mas estricta neutralidad, haciéndonos sospechosos de ingerencia en las contiendas de partido de la República vecina.

Es sabido que en Yaguaron estuvo una fuerza del partido blanco, el mayor Zipitria de la gente de Aparicio. Es sabido tambien que los aliados allí de los rebeldes, compraban caballadas y pasaban al otro lado de la frontera. Es sabido que de la provincia del Rio Grande del Sud, eran remitidas á las fuerzas blancas armas y equipos militares.

Por la reparticion de rentas de Yaguaron fué tomado un cajon de armas y vestuarios destinado á los rebeldes de la República; hasta ha llegado á decirse, señor Presidente, que ese armamento era igual al nuestro, existente en el depósito de artículos bélicos en la ciudad de Rio Grande. »

.....

« Desde el momento en que abandonemos esa fatal política de intervencion, y pongamos un término á las célebres correrías de los caudillos, cesarán todos los motivos de queja y sospecha; y viviremos en paz con nuestros vecinos: — esta es mi mas profunda conviccion.

« Desgraciadamente, Sr. Presidente, parece que un destino funesto, nos impele hácia una política totalmente opuesta. Pronto olvidamos las severas lecciones del pasado, y descuidados del futuro nos cruzamos de brazos ante los acontecimientos que se precipitan para anonadarnos. Vemos el profundo abismo ante nosotros y caminamos hácia él. Mostramos mucho valor en la hora del peligro: pero deberíamos tener un poco de prevision para evitarlo.

V. E., Sr. Presidente, no ignora las causas que nos forzaron á intervenir con fuerza armada en los negocios internos de la República del Uruguay. Ellas son demasiado conocidas para que me detenga á referirlas de nuevo.

Pues bien, señor Presidente, recelo mucho que aun hoy, tengamos que sentir los mismos efectos que ellos produjeron en aquella época.

Las situaciones parecen ser las mismas; los hechos se reproducen del mismo modo; LOS ACONTECIMIENTOS TOMAN ELMISMO GIRO, Y LA ACTITUD DE NUESTRO GOBIERNO NO CREO QUE TENGA MUCHA DIFERENCIA. »

Ahi está el augurio, que no brota ya de nuestros patrióticos recelos; que se presenta ahora como la advertencia de nuestros mismos enemigos.

¿ Ante esa perspectiva, como tardan los partidos orientales en unirse para la reconstruccion y el engrandecimiento de la patria?

---

## Gotas de tinta

Las últimas noticias sobre la negociacion de paz, refieren que la Comision nombrada por los blancos debe llegar mañana á Montevideo.

Esa Comision se compone, segun lo dicen todos, de D. Estanislao Camino, D. Francisco Lecoq, D. Carlos A. Lerena, D. José Gabriel Palomeque y D. Joaquín Requena y García.

Hay grandes esperanzas de llegar á la pacificacion; Dios lo quiera, y favorezca á los que deben fijar sus condiciones con alto espíritu de justicia y de patriotismo!

---

Una vez llegada la Comision de los blancos, ¿ persistirá el Presidente en mantener la Comision antes nombrada?

Si así lo hiciera, puede asegurarse que no hay paz; puede asegurarse que las negociaciones se romperán muy pronto.

---

Hoy debe llegar el Dr. D. Héctor F. Varela y sus dignos compañeros de la Comision Popular de Sanidad.

Les saludamos cordialmente, estimulando al pueblo de Montevideo para que reconozca en ellos la abnegacion y el heroismo del amor al prójimo,

Se habla de cambio ministerial ; y en estos rumores, hay talvez mas que otra cosa, anticipacion de los deseos públicos.

Para conseguir la paz, se necesita cambiar el Ministerio ; un Ministro general, un hombre de buena voluntad, seria de conveniencia suma para centralizar en estos momentos el manejo de las negociaciones.

No es probable que esto se haga, por lo mismo que los intereses públicos lo reclaman.

*La Conferencia Literaria va adelante.*

Se piensa ver espresamente á Héctor Varela y á Carlos Guido, para que tomen parte en ella.

Tambien nuestras inteligencias se preparan ; este torneo hará época en nuestros anales literarios.

Hé aquí el acta levantada con ese motivo.

#### ACTA

En Montevideo á 12 de Julio de 1871, reunidos en el salon del Club Universitario la Comision directiva de este, y la de la Sociedad de Amigos de la Educacion Popular, con el objeto de organizar una conferencia literaria á beneficio de esas dos asociaciones, tomaron las resoluciones siguientes :

1<sup>a</sup> Constituir una comision especial de conferencia compuesta de los señores D. José P. Varela, D. Domingo Aramburo, D. Alfredo Vazquez Acevedo, D. Carlos Maria Ramirez y D. Carlos M. de Pona.

2<sup>a</sup> Que la conferencia tenga lugar el 28 del corriente en uno de los teatros que se pedirá al efecto.

3<sup>a</sup> Dirigir una invitacion á todas las personas que se distinguen por su amor á las ciencias y á las letras.

4<sup>a</sup> Que debiendo llegar en estos dias á esta capital D. Héctor F. Varela, se le dirija una nota solicitando con anticipacion su concurso.

5<sup>a</sup> Que las localidades no se repartan como es de costumbre en estos casos, pero que desde luego se abra un Registro para las personas que deseen obtener localidades, avisándose en oportunidad el dia en que debe hacerse el correspondiente abono.

Al efecto la Secretaria de la Sociedad Amigos de la Educacion Popular, calle Rincon núm. 217 estará abierto desde las 12 hasta las 4 de la tarde.

6<sup>a</sup> Que se envíe esta acta á todos los diarios de la capital solicitando su publicacion por tres dias consecutivos.

*Las Comisiones.*